

A 1.000 millas de la libertad

La huida de William y Ellen Craft,
la pareja de esclavos más célebre
de la historia de Estados Unidos

mra
ediciones

Imagen cubierta:

©De la traducción: Marta Valero

© De la edición: **mra ediciones**

C/ Aragó, 9, 3º 1ª

08015- Barcelona

libros@mralibros.com

www.mralibros.com

ISBN: 978-84-96504-53-0

Depósito legal: B 4946-2023

Impreso en España

ÍNDICE

PREFACIO	11
PRIMERA PARTE	13
SEGUNDA PARTE	93



«Los esclavos no pueden respirar
en Inglaterra: si en sus pulmones
entra nuestro aire, en ese momento son
liberados; tocan nuestro país y sus
grilletes caen»

WILLIAM COWPER



PREFACIO

Mientras éramos esclavos habíamos escuchado que «Dios hizo con la misma sangre a todas las naciones de hombres», también la Declaración de Independencia americana dice que «Sostenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas, que todos los hombres fueron creados iguales; que son dotados de ciertos derechos inalienables por su creador; y que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de felicidad»; no podíamos entender por qué algunos nos mantenían como «bienes materiales». Por eso, sentimos que estaba perfectamente justificado emprender la peligrosa y excitante tarea de «recorrer mil millas» para obtener esos derechos que se establecen de forma tan clara en la cuarta Declaración.

Ruego a los que quieran conocer las particularidades de nuestro viaje, que lean estas páginas.

Este libro no pretende ser una historia com-

pleta de la vida de mi mujer, ni de la mía; sino simplemente una narración de nuestra huida junto con la esperanza de que despierte en algunas mentes un profundo horror de los pecados y las abominables prácticas de la esclavitud que embrutecen a nuestros prójimos.

Sin detenerme en una larga disculpa por ofrecer este pequeño volumen al público, comenzaré inmediatamente a contar mi sencillísima historia.

William Craft
12, Cambridge Road,
Hammersmith, Londres

PRIMERA PARTE

«Dios solo dio sobre las bestias, los peces y las aves el dominio absoluto que tenemos por su don, pero al hombre sobre el hombre no lo hizo el señor. Eso es divino. Al hombre lo hizo libre de otros hombres».¹

JOHN MILTON

Mi mujer y yo nacimos en dos ciudades distintas del Estado de Georgia, uno de los principales Estados donde se practica la esclavitud. Es cierto que nuestra condiciones como esclavos no eran as peores; pero la simple idea de que fuéramos mantenidos como bienes materiales, y privados de nuestros derechos legales –pensar que tenía-

1. Milton, John. *Paraíso Perdido*. Versión de M. Álvarez de Toledo. Universidad de Cádiz, 1988. (N. de la T.)

mos entregar nuestras ganancias, duramente ganadas, a un tirano, para que pudiera vivir en la ociosidad y el lujo— la idea de que no pudiéramos llamar nuestros a los huesos y músculos que Dios nos dio: pero, por encima de todo, el hecho de que otro hombre pudiera arrancar de nuestra cuna al recién nacido y lo pudiera vender como materia bruta, y luego azotarnos si nos atrevíamos a mover un solo dedo para salvarlo de ese destino, nos persiguió durante años.

Pero en diciembre de 1848, se nos reveló un plan que resultó exitoso, y ocho días después de concebirlo, por primera vez pensamos que nos habíamos liberado de las horribles cadenas de la esclavitud, alabando y rogando a Dios en el albor de la libertad.

El primer amo de mi esposa fue su padre, su madre era esclava de él, y sigue siendo la esclava de su viuda.

A pesar de que mi mujer es de origen africano por parte de madre, es casi blanca - de hecho, lo es tanto que su primera ama, una vieja y tirana señora, se disgustaba a menudo porque la confundía con una niña de la familia, así que cuando tuvo once años se la dio a una de sus hijas como regalo de bodas cuando. Separando así a mi mujer de su madre y también de otros queridos amigos. Pero la incesante crueldad de

su vieja señora hizo que el cambio de propietarios fuera un trato tan deseable y que no se quejó de tan cruel separación.

Cabe recordar que la esclavitud en América no está limitada a personas de un color de piel particular; hay un gran número de esclavos tan blancos como cualquiera, pero no se acepta como una prueba en ningún tribunal para que sea liberada, por lo que es casi imposible que una niña blanca, después de haber sido raptada y vendida, y reducida a la esclavitud, como suele ser el caso, en una parte del país desconocida, nunca recobrará su libertad.

Yo mismo he hablado con varios esclavos que me han contado que sus padres eran blancos y libres; pero que los separaron de ellos para después venderlos cuando eran bastante jóvenes. Como no pueden decir cuál es su dirección y los padres desconocen lo que ha ocurrido con sus queridos hijos perdidos, está claro que desaparece cualquier rastro que había entre ellos.

Los siguientes hechos son suficientes para probar que quien tiene el poder y es lo suficientemente inhumano para pisotear los derechos sagrados de los débiles, no le preocupa en absoluto la raza o el color:

En marzo de 1818, llegaron a Nueva Orleans tres barcos cargados con varios cientos de emi-

grantes alemanes que provenían de la provincia de Alsacia, en el bajo Rin. Entre ellos se encontraba Daniel Muller y sus dos hijas, Dorothea y Salome, cuya madre había muerto durante el viaje. Poco después de su llegada, Muller, llevándose consigo a sus dos hijas, entonces muy pequeñas, subió el río hasta la parroquia de Attakapas² para trabajar en la plantación de John F. Miller. Dos semanas después, sus familiares, que habían permanecido en Nueva Orleans, se enteraron de que había muerto debido a la fiebre que contrajo allí. Inmediatamente fueron a buscar a las dos niñas, pero habían desaparecido y los familiares, pese a las múltiples consultas y búsquedas que realizaron, no encontraron ninguna pista. Al final, fueron dadas por muertas. De Dorothea nunca más se supo, y tampoco se supo nada de Salomé desde 1818 hasta 1843.

En el verano de ese año, la Sra. Karl, una mujer alemana que había viajado en el mismo barco que los Muller, pasaba por una calle de Nueva Orleans cuando vio a Salomé en una licorería propiedad de Louis Belmonte, que la tenía como esclava. La Sra. Karl, cuando la reconoció, se la llevó a la casa de otra mujer alemana, la Sra. Shcubert, que era la prima de la abuela de

2. Antigua parroquia al sur de Louisiana. (N. de la T.)

Salomé. Nada más verla, sin saber que había sido previamente reconocida, dijo sin dudarle «¡Dios! Aquí está Salome Muller, la que ha estado perdida tanto tiempo».

El *Law Reporter*,³ afirma en su relato de este caso: «Muchos de los emigrantes alemanes de 1818 que se pudieron encontrar, fueron llevados a casa de la Sra. Shcubert, y todos los que tenía algún recuerdo de la niña, o habían tenido algún contacto con sus padres, identificaron inmediatamente a la mujer que tenían delante como Salomé Muller. Gracias a los testigos, que testificaron en el juicio, la identificación quedó esclarecida. El parecido familiar de cada rasgo era tal que algunos testificaron que la habrían reconocido entre diez mil; que estaban tan seguros de que esa persona era Salomé Muller, la hija de Daniel y Dorothea Mulles, como de su propia existencia».

Entre los testigos que acudieron al juzgado estaba la comadrona que asistió en el nacimiento de Salomé. Ella testificó que el cuerpo de la niña tenía unas marcas peculiares, cosa que los cirujanos designados por el tribunal para examinar a la niña también encontraron, exactamente como las había descrito.

3. Publicación que recopila la jurisprudencia. (N. de la T.)